

Miércoles, 27 de julio 2016

Activismo por el Cambio climático: Una autopsia.

<http://thearchdruidreport.blogspot.com.es/2016/07/climate-change-activism-post-mortem.html>

Mientras escribo estas palabras, la mayor parte de América del Norte está sufriendo una ola de calor sofocante y humedad casi tropical. En algunos lugares de Oriente Medio se han medido las temperaturas más altas de las que se tienen registro en el Viejo Mundo, muy cerca del máximo mundial registrado en el Valle de la Muerte. El derretimiento de la capa de hielo de Groenlandia se ha triplicado en los últimos años, y los informes de la costa ártica de Siberia describen vastas extensiones de tundra que burbujan metano a medida que el permafrost se derrite a más de 25°C. Mucho más al sur, el agua de mar inunda las calles de Miami Beach cada vez que la marea alta coincide con un viento de levante desde el mar; la ralentización de la corriente del Golfo (a medida que la circulación de las aguas profundas del océano se enlentece hasta casi detenerse) está causando acumulación de agua marina en la costa atlántica de los EE.UU., amplificando el efecto de la subida del nivel del mar.

Todas estas cosas son precursoras de un futuro muy problemático. Todas ellas fueron predichas, algunas muy en detalle, en la prensa y la literatura activista del cambio climático en las últimas décadas. No hace tanto hubo enormes marchas de protesta y las financiadas organizaciones de defensa medioambiental exigieron cambios para intentar impedir estos fenómenos; los políticos hablaban en sus discursos de detener el calentamiento global. Pero de alguna manera, los manifestantes ahora se dedican a otros menesteres en su tiempo libre, las organizaciones de defensa terminaron predicando a un coro cada vez más reducido de acólitos y los políticos empezaron a usar otras consignas para seducir al electorado.

El último suspiro del climático contra el cambio activismo, la conferencia de la COP-21 en París a finales del año pasado, dio lugar a un acuerdo manso que no exige a ninguna nación de la tierra recortar los torrentes de gases de efecto invernadero que actualmente se están liberando a la atmósfera. El único compromiso que cualquier país estaba dispuesto a tolerar fue la desaceleración, en algún momento indeterminado en el futuro, de la velocidad con que aumenta la producción de gases de efecto invernadero. Mientras tanto, en el mundo real ya se han vertido a la atmósfera gases de efecto invernadero en cantidad suficiente como para trastornar el clima del mundo; ni siquiera una drástica reducción en la producción de gases de efecto invernadero que pudiera lograr estabilizar los niveles (un aumento neto de cero CO₂ y metano atmosféricos) para año 2050, serían suficientes para detener la vasta inundación de las ciudades costeras en todo el mundo y los cambios impredecibles en los patrones de lluvia que mantienen la agricultura para da sustento a siete mil millones de personas. El resultado de la COP-21 simplemente significa que estamos acelerando hacia graves desastres climáticos aunque sin apretar a fondo el pedal del acelerador.

Por lo tanto es muy pertinente preguntarse qué pasó con todo el impulso político del movimiento para evitar el cambio climático de hace diez o quince años, y por qué un movimiento aparentemente tan bien organizado, bien financiado y respaldado por un extenso consenso científico fracasó tan rotundamente.

En mi experiencia, por lo menos, si se hace esta pregunta a los activistas del cambio climático, la respuesta que obtendrás es que hubo una campaña bien financiada para generar desinformación en su contra. ¿Y? Todo movimiento en pro de un cambio social en la historia humana se ha enfrentado a los intereses creados y bien financiados que pusieron en marcha campañas de desinformación. Considera la lucha por el matrimonio entre personas del mismo sexo, que triunfó en los mismos años que vieron diluirse hasta desaparecer el activismo climático. La desinformación desplegada en contra del matrimonio entre personas del mismo sexo fue épica, tanto en su magnitud como en su falsedad y falta de escrúpulos. —¿Recuerdas las afirmaciones de que los curas se verían obligados a celebrar bodas homosexuales, de que permitir el matrimonio homosexual haría desmoronarse a la sociedad? Yo sí.— Y sin embargo el movimiento para el matrimonio de personas del mismo sexo sorteó la desinformación y logró su objetivo.

Echar toda la culpa del fracaso del activismo climático a la oposición es, en otras palabras, una manera de escurrir el bulto. Es también un modo de evitar aprender de las lecciones del fracaso y, aquí como en todas partes, los que ignoran su historia están condenados a repetirla. Otros movimientos por el cambio social se han encontrado con una oposición comparable y han vencido, mientras que el activismo

climático no lo hizo; esa es una diferencia que necesita ser discutida, y que conduce inexorablemente a considerar los errores cometidos por el movimiento.

Los errores más importantes, en mi opinión, son los siguientes:

En primer lugar, el movimiento de cambio climático fue en gran medida realizado y dirigido por científicos y, como se dijo [aquí hace dos semanas](#), las personas con educación científica tienden a pifiarla en política. Una y otra vez, los líderes del movimiento por el cambio climático alardeaban de sus credenciales y les decían a todo el mundo lo que había que hacer, en la vana ilusión de que eso era adecuado para lograr el cambio político. Y no es así; demasiada gente fuera de la comunidad científica ha visto la opinión científica girar como una veleta en demasiados asuntos; demasiados productos etiquetados como seguros y eficaces por científicos reputados han sido puestos en el mercado para resultar siendo ineficaces y peligrosos; demasiadas personas simplemente ya no confían en la gente de bata blanca, y algunos tienen razones válidas para esa falta de confianza. Así, un movimiento que basaba toda su estrategia política en el prestigio de la ciencia estaba atado de pies y manos desde el principio.

En segundo lugar, el movimiento del cambio climático cayó en el mismo error que los partidarios de la permanencia del Reino Unido en la UE y la campaña presidencial de Hillary Clinton: formuló su campaña en términos puramente negativos. David Cameron fracasó porque su único argumento eran las terribles consecuencias de la salida de Gran Bretaña de la UE, y la campaña de Clinton se está estrellando porque sus seguidores no pueden hablar más que de lo horrible que es Donald Trump. Exactamente del mismo modo, el movimiento del cambio climático pasó todo el tiempo insistiendo en las catástrofes globales que iban a suceder si no se salían con la suya, nunca hablaron de otra cosa, y también fracasaron.

No me explico por qué este tipo de estrategia ha sido tan ampliamente utilizado en la vida política contemporánea, pues simplemente no funciona. La gente está harta, si todo lo que se les puede decir es lo horrible de esto, aquello o lo otro; cerrarán los ojos y pasarán de todo. Para obtener su interés, su entusiasmo y su voto, tienes que ofrecerles algo a lo que aspirar. Eso no significa que haya que prometerles gominolas y arco iris y; se les puede prometer sangre, esfuerzo, lágrimas y sudor; se les puede advertir de una larga lucha por delante y llamarlos a compartir el sacrificio, y los tendrás a tu lado, pero tiene que haber una luz al final del túnel, algo que no sea sólo continuar indefinidamente en una insatisfactoria y miserable inmovilidad.

El movimiento del cambio climático no se dio cuenta de eso, por lo que la gente se cansó rápidamente del constante martilleo “*Doom, Doom, Doom*” y se alejó. No tuvo por qué ser así; el movimiento del cambio climático pudo haber tenido perspectiva y centrarse en la visión de una nueva era de la industria verde, con millones de nuevos empleos para la clase obrera en Estados Unidos que podría haber dejado atrás a otras naciones con economías (basadas los combustibles fósiles) propias de principios del siglo XX, pero aparentemente a nadie se le ocurrió hacer eso. En cambio, el movimiento por el cambio climático daba la impresión estar formado por una multitud de entrometidos que no hacían más que lanzar jeremiadas sobre el horrible futuro que nos espera si no se hace lo que ellos dicen... Bien, con esa estrategia obtuvieron el resultado que cabía esperar.

En tercer lugar, el movimiento de cambio climático se metió un desastroso gol en propia puerta al insistir en que nadie con credenciales científicas había emitido jamás la posibilidad de una inminente edad de hielo, cuando todos los de más de cincuenta años con buena memoria sabemos que no es así. Mis lectores pueden leer los siguientes libros de las décadas de 1970 y 1980: “La máquina del clima ([The Weather Machine](#))”, de Nigel Calder, “Después del hielo ([After the Ice](#))”, de CE Pielou o “Edades de Hielo ([Ice Ages](#))” de Windsor Chorlton y los editores de Life Time Books. Fueron muy populares en su día y se pueden encontrar por unas monedas en librerías de viejo. Nigel Calder fue un respetado divulgador científico, Pielou sigue siendo la decana de los ecologistas canadienses, y el tercer libro fue parte de la serie “Planeta Tierra” en la que cada volumen era supervisado por expertos científicos en los campos pertinentes. Los tres libros discutían la llegada de una nueva edad de hielo como el futuro más probable del clima de la Tierra.

Mientras estás en ello, también puedes buscar un par de novelas muy buenas de ciencia ficción, “El Invierno del Mundo ([The Winter of the World](#))” de Poul Anderson y “El tiempo de la gran helada ([The Time of the Great Freeze](#))” de Robert Silverberg. Anderson y Silverberg fueron unos de los principales autores de ciencia ficción en los años 1960 y 1970, en un momento en que se apreciaba la “ciencia

ficción dura” que prestaba gran atención a los hechos científicos; ambos autores se basaron en lo que entonces se consideraba una previsión creíble, la de una edad de hielo en el futuro cercano. Si vas a insistir, siguiendo el “1984” de George Orwell, en que Oceanía nunca ha estado aliada con Eurasia, es mejor asegurarte antes de que nadie lo puede comprobar. Si alguien puede, y descubre que estás mintiendo, habrás perdido para siempre la posibilidad de que la gente confíe en lo que tú dices. Así es como muchos respondieron al intento de rescribir la historia (borrando el miedo a la edad de hielo de los años 1970 y 1980) del movimiento por el cambio climático.

Cada vez que saco a colación a esta cuestión entre los activistas del cambio climático, responden insistiendo en que debo ser un negacionista del cambio climático. Ese es el cuarto factor que ha contribuido poderosamente a desinflar el movimiento por el cambio climático: el surgimiento y auge dentro de ese movimiento de una cultura de intolerancia en la que se demoniza la disidencia y donde hacer preguntas sobre tácticas y estrategias se equipara a la deslealtad. Estoy pensando sobre todo, aunque no sólo, en la activista Naomi Oreskes, que declaró con una cara seria que hacerse preguntas acerca de si las energías renovables pueden sustituir a los combustibles fósiles es “[una nueva forma de negacionismo climático](#)”. La verdad es que hay muchas razones de índole práctica para dudar de que haya nada —renovable o de otro tipo— que pueda sustituir a los combustibles fósiles y permitir que los prisioneros en las sociedades industriales de hoy en día puedan mantener sus actuales estilos de vida, pero Oreskes no quiere ni oír hablar de ello: para ella, la lealtad a la causa exige ceguera ante los hechos. Como instrumento para repeler a los posibles aliados y ahuyentar a los partidarios existentes, es una actitud difícil de superar.

Una impresionante ingenuidad política, una campaña puramente negativa, un desastroso gol en propia puerta por una mentira repetida constantemente que se detecta con facilidad y una cultura interna de intolerancia y demonización: esos cuatro factores habría sido una carga pesada para cualquier movimiento para el cambio social, y tan sólo un par de ellas es muy probable que hubieran bastado para hacer naufragar el movimiento por el cambio climático activismo por sí mismos. Hubo, sin embargo, otro factor adicional que, en mi opinión, fue el más importante de todos.

Para entender el quinto factor, es útil volver a la distinción entre los hechos, valores e intereses que hice hace un par semanas. Los hechos son simplemente declaraciones sobre lo sucedido, lo que está sucediendo y lo que sucederá si se da un determinado conjunto X de condiciones, en otras palabras, los hechos son de lo que se supone que trata la ciencia. No importa si las emisiones de gases de efecto invernadero por el hombre están causando un calentamiento mundial que altere el medio, da igual que científicos de renombre y escritores de ciencia ficción publicaran en los años 1970 y 1980 libros prediciendo una edad de hielo o que el proyecto de sustitución de combustibles fósiles por recursos renovables se enfrente a serias dificultades, todas esas son cuestiones de hecho.

Los hechos por sí mismos se limitan a afirmar un caso. Los valores determinan lo que debemos hacer al respecto. Considera esta declaración: “*las emisiones incontroladas de gases de efecto invernadero son responsables de un continuo aumento en los desastres relacionados con el clima*”. Si la tasa de desastres relacionados con el clima no te concierne, ese hecho no requiere ninguna acción por tu parte”; sólo cuando tú la transformas en la expresión “*los desastres relacionados con el clima deberían ser minimizados en lo posible*”, lo que es un juicio de valor, puedes llegar a “*por lo tanto, debemos reducir las emisiones de gases de efecto invernadero.*” No todos los juicios de valor son tan controvertido como el acabo de citar, pero podemos obviar eso, por ahora, porque es el tercer elemento lo que importa en el presente caso.

Más allá de los hechos y los valores están los intereses: ¿quién se beneficia y quién pierde con una determinada política pública? Si, por ejemplo, decidimos que las emisiones de gases de efecto invernadero se deben cortar, el siguiente paso nos lleva directamente al reino de los intereses. ¿Qué bolsa vamos a saquear para pagar los recortes de emisiones? ¿Qué estilos de vida saldrán perdiendo con la disminución de emisiones? ¿Qué trabajos se perderán a causa de ello? El movimiento por el cambio climático ha pensado por lo general que estos detalles eran irrelevantes, pero no lo son en absoluto. La política siempre se basa en los intereses. Si quieres que tus datos sean aceptados y tus valores tomados en serio, tienes que ser capaz de responder a los intereses de la gente: ofrecer un acuerdo en el que todo el mundo obtenga en el trato algo de lo que necesite y no haya un lado que tenga que soportar todos los costes.

Y eso es exactamente lo que el movimiento por el cambio climático nunca se ha decidido a hacer.

Quisiera sugerir ahora un experimento mental, para mostrar cómo se reparten los costos y los beneficios ofrecidos por el movimiento del cambio climático. Imaginemos, por un momento, que hay una industria en los países industriales de hoy en día que produce diariamente una colosal cantidad de gases de efecto invernadero. No produce nada necesario para la vida o el bienestar humanos; sólo algo que simplemente aumenta nuestra comodidad, algo que hasta no hace muchas décadas, la mayoría de personas en el mundo industrial nunca usó ni pensó que llegaría a usar. Si cierra esa industria, seguro que un cierto número de personas perderían sus trabajos, pero la mayoría de las medidas propuestas por los activistas del cambio climático también tendrían ese efecto. Aparte de eso y algunos inconvenientes para los usuarios actuales, el único resultado sería una gran disminución en la cantidad de dióxido de carbono y de otros gases de efecto invernadero que se vierte en la atmósfera. Siendo ese el caso, ¿no deberían los activistas contra el cambio climático ponerse a trabajar desde este mismo instante para cerrar esa industria? ¿No deberían ellos mismos empezar a boicotearla?

Esa industria realmente existe. Es la industria del transporte aéreo comercial.

Te habrás dado cuenta, querido lector, de que nadie en el movimiento del activismo climático va por ahí refunfuñando contra el transporte aéreo comercial y muy pocos de ellos están dispuestos a volar menos, a pesar de que los viajes aéreos comerciales contribuyen de forma masiva al problema contra el que el movimiento dice estar luchando. Conozco a dos científicos que investigan el cambio climático que me han comentado que hay algo de hipocresía, pues... ¡Se pasan la vida en aviones para asistir a conferencias en cualquier lugar del mundo para discutir la forma en que todos tenemos que disminuir nuestra huella de carbono! Sus colegas, sobra decirlo, no les han escuchado. Todo el resto del movimiento por el cambio climático, con Al Gore a la cabeza que bien podría ser su estandarte, siguen acumulando millas de viajero.

Por otra parte, los activistas del cambio climático están dispuestos a cerrar la minería del carbón. ¿Cuál es la diferencia más significativa entre la minería del carbón y el transporte aéreo comercial? La minería del carbón proporciona salarios a trabajadores pobres; el transporte aéreo comercial ofrece comodidad a los ricos.

La diferencia no es casual. En general, el movimiento de cambio climático ha impulsado cambios para penalizar a las personas de clase baja (en lo que he llamado "the wage class", la clase a la que pertenece la mayoría de los estadounidenses que dependen de un salario por hora trabajada). El movimiento ha tenido gran cuidado para evitar hacer presión con cambios que podrían penalizar a las personas de clase media-alta o alta (lo que he llamado "the salary class", a la que pertenece la minoría acomodada de los estadounidenses que llevan a casa un salario mensual). Esa no es una cuestión baladí. Ahí está la dura realidad de que, en promedio, cuanto más dinero ganas, mayor es tu huella de carbono, pero esa es también una cuestión política, una que va al corazón del fracaso del movimiento sobre el cambio climático.

Innumerables activistas bien intencionados me han preguntado, desconcertados y en tono de desesperación, por qué no pueden hacer que los estadounidenses ordinarios se tomen en serio el cambio climático. Mi respuesta es una que no quieren oír, porque les digo que no se toman en serio el problema del cambio climático precisamente a causa de los bien intencionados activistas contra el cambio climático. Si tú no estás lo suficiente preocupado por la concentración atmosférica de CO₂ como para aceptar algunos inconvenientes en tu propio estilo de vida, ¿de verdad te importa tanto? Ese es el tipo de lógica que los estadounidenses comunes utilizan todo el tiempo para juzgar si alguien se toma una causa en serio o es simplemente fingimiento y grandilocuencia. Y, en general, el activismo contra el cambio climático no pasa esa prueba de fuego.

Por otra parte, los estadounidenses de a pie, están muy acostumbrados a ver grandes dosis de grandiosa retórica desplegada por los ricos para imponer nuevas cargas a los estadounidenses comunes. No es el acomodado, después de todo, quien han sufrido en los últimos treinta años los inconvenientes de la normativa ambiental, los tratados comerciales, o lo que sea. Para el obrero estadounidense, el cambio climático antropogénico es simplemente más de lo mismo, otra excusa para quitar puestos de trabajo a los pobres mientras se trabaja afanosamente para evitar cualquier cosa que pudiera molestar a las clases media y alta. El único modo en que los activistas contra el cambio climático podrían haber evitado esa respuesta de los estadounidenses de clase obrera habría sido demostrarles que estaban dispuestos a asumir ellos mismos los costes, y eso era exactamente lo que no quisieron hacer.

La amarga ironía en todo esto es que desde el principio el movimiento del cambio climático tenía razón en dos cosas muy importantes: (a) tratar a la atmósfera como un basurero gaseoso en el que arrojar los desechos de nuestras chimeneas y tubos de escape fue una idea muy tonta, y (b) las consecuencias de la estupidez las pagaremos —todos nosotros— con sangre. En este momento los tres principales casquetes de hielo de la Tierra (Groenlandia, la Antártida occidental, y la Antártida oriental) se han vuelto inestables; los patrones de lluvias están modificándose poniendo en riesgo la agricultura en muchos lugares (algo que un abarrotado y hambriento planeta no se puede permitir); la sequía produce incendios forestales incontrolados en el oeste norteamericano-canadiense y en Siberia... y, a menos que algo cambie significativamente, todo va a seguir empeorando, año tras año, década tras década, hasta que todas las ciudades costeras en el planeta estén bajo el agua, la mitad occidental de América del Norte sea tan seca como el Sahara, los glaciares y las nieves sean recuerdos lejanos, y el hambre, la guerra y la enfermedad hayan casi exterminado la población humana del planeta.

Eso no tiene por qué suceder. Aún podría ser posible evitar lo peor si hay bastantes personas preocupadas por el cambio climático que dejen de pretender que sus propios estilos de vida no son parte del problema, que dejen de decir "*el cambio personal no es suficiente*" cuando lo que de verdad expresan es que el cambio personal no es necesario; que ya no adjudiquen todos los costes del cambio a las personas que desde hace décadas los están soportando; que muestren que el único tipo de liderazgo que realmente cuenta es ni más ni menos que predicar con el ejemplo. También sería de ayuda que dejaran de apoyarse con tanta fuerza en el arruinado prestigio de la ciencia, que encontrasen de vez en cuando una visión positiva del futuro, que se olvidasen de reescribir el pasado y abandonen el hábito de demonizar los desacuerdos honestos. Aún así, en mi opinión, lo crucial es que los liberales ricos que dominan el movimiento del cambio climático van a tener que demostrar que están dispuestos a poner manos a la obra.

¿Lo harán? Me encantaría estar equivocado, pero lo dudo, y en ese caso creo que nos espera un camino muy duro en los siglos venideros.